

el espíritu de amor que lleva á algún hombre á hacer bien á sus enemigos y que á otro le impulsa á arriesgar su vida para salvar la de un desconocido, no puede sucumbir ni perecer jamás.

La solución más perfecta de la cuestión relativa á la permanencia del individuo más allá de la muerte, se desprende de la gran doctrina de Kant sobre la idealidad del tiempo. Allí es donde sus enseñanzas se muestran particularmente fecundas en consecuencias, pues una doctrina enteramente teórica, pero firmemente apoyada en pruebas, viene á sustituir á dogmas que ya en una ó ya en otra dirección conducen al absurdo, descartándose, á la vez, la más irritante de todas las cuestiones metafísicas. Comenzar, terminar, durar, son otras tantas nociones que toman su significación exclusivamente del tiempo y que no tienen valor sino presuponiendo el tiempo. Pero éste no tiene una existencia absoluta, no es una manera de ser, en sí, de las cosas; no es más que la forma del conocimiento que tenemos de nuestra existencia y de nuestra naturaleza, como de la existencia y naturaleza de todas las cosas, por lo cual este conocimiento es muy incompleto y se limita á los fenómenos. Únicamente á éstos se aplican las nociones de duración y de fin, más no á lo que se manifiesta en ellos, á la esencia íntima de las cosas, con relación á la cual carecen de sentido dichas nociones. Esto se acredita por la imposibilidad en que nos hallamos de contestar á la pregunta anterior relativa á la permanencia individual, que procede precisamente de esas nociones de tiempo. Toda proposición referente á este punto, en un sentido ó en otro, tropieza con objeciones perentorias. Se puede sostener, por una parte, que nuestra esencia continúa existiendo después de la muerte, porque es falso

que perezca, y, por otra parte, se puede sostener también que perece, porque es falso que continúe existiendo; en el fondo, ambas proposiciones son igualmente verdaderas. Se ve que hay ahí algo que podría pasar por una antinomia, sólo que estaría fundada sobre puras negaciones. Se niegan respecto del sujeto dos atributos contradictorios, únicamente porque toda su categoría no puede convenirle. Si los negamos no á la vez, sino separadamente, parece que el término contradictorio del atributo negado se demuestra por lo mismo. Esta apariencia es debida á que se comparan cantidades inconmensurables, en el sentido de que, colocándonos en un punto de vista que excluye el tiempo, el problema se ocupa de determinaciones temporales: tan falso es, pues, atribuirselas al sujeto como negárselas, lo cual indica precisamente que el problema es trascendental. Entendida así, la muerte continúa siendo un misterio.

Por el contrario, manteniendo la diferencia entre el fenómeno y la cosa en sí, podemos afirmar que el hombre es pasajero en cuanto fenómeno, pero que su esencia íntima permanece intacta y es indestructible, aunque no podamos atribuirle la permanencia, porque excluye absolutamente toda noción de tiempo. Así llegamos á la noción de una indestructibilidad que no es permanencia. Esta es una noción obtenida por la vía de la abstracción y que puede concebir el pensamiento *in abstracto*, pero que nunca será perfectamente clara puesto que no se apoya en una intuición. Por otra parte, recordemos que nosotros no hemos renunciado, en absoluto, como Kant, á conocer la cosa en sí, pues sabemos que hay que buscarla en la voluntad. Sin embargo, no pretendemos tampoco poder llegar al conocimiento perfecto de la cosa en sí, y com-

prendemos perfectamente que después de haber descubierto que reside en la voluntad, no podemos pasar más adelante y nos es imposible conocer lo que es absolutamente y por sí misma.

Desde el momento en que soy sujeto conocedor, tengo una representación, y ésta, por el hecho mismo de ser mi representación, no puede ser idéntica al objeto conocido, sino que lo reproduce bajo una forma diferente, puesto que del objeto que existe en sí hace un objeto que existe en otro, por lo cual es siempre para nosotros simple fenómeno. Para una conciencia cognoscitiva, cualquiera que sea su naturaleza, no pueden existir más que fenómenos. Y lo mismo sucede en el caso en que sea mi propio ser lo que yo conozca, pues en cuanto objeto de mi conciencia cognoscitiva, mi propio ser no es más que un reflejo de sí mismo, una cosa diferente de sí y que en cierta medida es ya fenómeno. Así, pues, en cuanto soy sujeto conocedor, mi propio ser no es para mí más que fenómeno, y en cuanto soy yo mismo ese ser, no soy ya sujeto conocedor. He demostrado suficientemente en el segundo libro que la cognición es una facultad secundaria de nuestro ser, que la ha adquirido por virtud de su naturaleza animal. Hablando con rigurosa propiedad, tampoco conocemos nuestra voluntad misma más que como fenómeno, pero no en sí y de una manera absoluta. Pero en este mismo libro y en mi obra *La Voluntad en la naturaleza*, he expuesto extensamente y he probado, que cuando queremos penetrar en el fondo de las cosas y prescindiendo de lo que nos es dado mediatamente y de lo exterior, nos estudiamos á nosotros mismos, es decir, al único fenómeno cuya esencia se nos revela por un conocimiento íntimo é inmediato, hallamos que lo que constituye el

principio último, el núcleo, por decirlo así, de la realidad, es indudablemente la voluntad. Reconocemos en ella la cosa en sí, en el sentido de que no tiene el espacio por forma de su representación, pero como conserva todavía la del tiempo, no es propiamente la cosa en sí lo que percibimos en ella, sino la más inmediata de sus manifestaciones. Nuestro conocimiento de la cosa en sí, adolece de la restricción de que no es completo ni enteramente adecuado. Con esta reserva consideramos la noción de la voluntad como idéntica á la de la cosa en sí.

A nadie se le ocurre negar que la noción de finito conviene al hombre en cuanto fenómeno en el tiempo, y el conocimiento empírico nos muestra bien claramente que la muerte es el fin de la existencia temporal. El fin de la persona es tan real como su principio; después de la muerte no existiremos, en el mismo sentido en que no existíamos todavía antes de nacer. Sin embargo, la muerte no puede aniquilar más que aquello que el naciemto ha producido, y no puede suprimir lo que desde un principio hizo posible el nacimiento. En este sentido las palabras latinas *natus* y *denatus* son una feliz expresión. En el mundo real no vemos más que fenómenos, y únicamente éstos son los que se hallan sometidos á la condición temporal de nacer y morir; la sustancia del fenómeno, la cosa en sí, es independiente de ella. Para la cosa en sí el contraste creado por la inteligencia entre el nacimiento y la muerte deja de existir y pierde toda significación. La cosa en sí no es afectada en manera alguna por el fin temporal de un fenómeno temporal, y conserva perpetuamente una existencia á la cual no se aplican las nociones de principio, fin y duración. Pero en todos los seres, incluso el hombre, esta cosa en sí,

en cuanto podemos llegar á ella, resulta ser su voluntad.

La conciencia, por el contrario, existe en la inteligencia, y he demostrado que ésta pertenece á la actividad cerebral; es una función orgánica, que forma parte del fenómeno, por consiguiente, y desaparece con él. La voluntad, cuyo producto ó imagen es el cuerpo, es lo único indestructible.

Los dos principios fundamentales de mi filosofía, á saber: la rigurosa distinción entre la voluntad y la inteligencia y la supremacía de la primera, son los únicos que pueden resolver la contradicción que se presenta bajo tantas formas diferentes y que impresiona de continuo hasta á los espíritus menos cultos. Me refiero á la contradicción que existe entre la muerte que pone fin á la vida y el hecho de que nos sintamos, no obstante, eternos é indestructibles, ó hablando como Spinoza: *sentimus, experimurque nos æternos esse*. El error de todos los filósofos ha consistido en colocar el elemento metafísico, imperecedero, eterno del hombre, en la inteligencia, cuando se encuentra en la voluntad que es de naturaleza completamente diversa y lo único primitivo. La inteligencia, como he demostrado en el segundo libro, es un fenómeno secundario dependiente del cerebro, con el cual principia y acaba. La voluntad es la condición constituyente, la medula del mundo aparente colocada fuera de las formas del fenómeno, incluso la del tiempo; por tanto, es indestructible. La muerte destruye la inteligencia, pero no lo que la produce y mantiene; la vida se extingue, pero el principio de la vida subsiste eternamente. Por eso un infalible instinto dice al hombre que hay en él algo imperecedero é indestructible. La misma frescura y vivacidad de los recuerdos de lejanos tiempos ó

de los primeros años de la infancia atestiguan que existe en nosotros algo que el tiempo no puede arrastrar en su fuga, algo que no envejece, que persiste inalterable; pero no se había acertado á explicar claramente, cuál es este principio inmortal. No es la inteligencia, no es tampoco el cuerpo sobre el cual descansa aquélla evidentemente. Y esa cosa se manifiesta á nuestra conciencia como voluntad. Pero más allá de esta manifestación, la más inmediata de todas, nada podemos conocer, pues no podemos penetrar más allá de la conciencia. Cuando nos preguntamos lo que puede ser esa cosa, aparte de su manifestación en la conciencia, es decir, lo que es en sí absolutamente, formulamos una pregunta para la que no hay respuesta posible.

En el fenómeno, mediante sus formas del tiempo y del espacio que constituyen la individualidad, los hechos se presentan bajo la apariencia de la muerte del hombre como individuo y de la permanencia de la especie humana. Pero en la esencia íntima de las cosas, donde no existen ya las formas fenomenales, desaparece igualmente esta diferencia entre el individuo y la especie, y ambos son idénticos directamente. La voluntad de vivir reside entera en el individuo como en la especie, y la permanencia de ésta es la mera imagen de la indestructibilidad de aquélla.

Es de gran importancia comprender bien que nuestro ser verdadero es indestructible por la muerte, y como esta indestructibilidad descansa sobre la distinción entre el fenómeno y la cosa en sí, voy á ocuparme en dilucidar todavía con mayor precisión esta diferencia, estudiándola desde el punto de vista opuesto al de la muerte, ó sea desde el punto de vista del nacimiento de los seres, desde el punto de vista de la ge-

neración. Este proceso tan misterioso como el de la muerte, nos presenta de la manera más directa la oposición fundamental que existe entre el fenómeno y la esencia de las cosas, entre el mundo como representación y el mundo como voluntad, al par que la heterogeneidad de sus leyes respectivas.

El acto de la generación se nos presenta bajo dos aspectos: primeramente para la conciencia íntima, cuyo único objeto, como sabemos, es la voluntad con todas sus afecciones, y luego para la conciencia externa, es decir, la del mundo como representación ó la de la realidad experimental de las cosas. Del lado de la volición, ó sea interiormente, subjetivamente, para la conciencia de sí, este acto se presenta como la satisfacción más completa y más directa del querer, como voluptuosidad. Del lado de la representación, exteriormente, objetivamente, en la percepción, ese mismo acto establece los primeros hilos de un maravilloso tejido, pone los fundamentos del complicado organismo de los seres animados, que no tendrá más que desarrollarse para aparecer á nuestra vista. Este organismo cuya complicación y perfección asombrosa sólo conocen bien los que han estudiado anatomía, no puede ser juzgado y comprendido de otro modo, visto por el lado de la representación, que como concebido y combinado mediante largas reflexiones y ejecutado con un arte y una perfección acabados, como obra laboriosa, en fin, de las más profundas meditaciones; mientras que desde el punto de vista de la voluntad, sabemos por nuestra propia conciencia que la realización de dicho organismo viene de un acto que nada tiene de meditado y que es fruto de un instinto ciego é impetuoso, de un sentimiento exuberante de voluptuosidad. Este contraste guarda relación con

el que he mostrado antes que existe entre la facilidad con que la naturaleza crea sus obras, y la indiferencia sin límites con que las entrega á la destrucción, por una parte, y por otra, el arte profundamente meditado que preside á sus creaciones, y que á juzgar por su perfección, debe presentar dificultades inmensas y debería imponerle la obligación de velar porque se conservasen con toda la solicitud imaginable, cuando lo que vemos es todo lo contrario.

Después de haber relacionado, como hasta ahora no se había pensado en hacerlo, ambos aspectos opuestos del mundo, de manera que podamos abarcarlos con una sola ojeada, y después de haber mostrado el vivo contraste que ofrecen, es preciso no perderlos de vista, y así nos convenceremos de que las leyes del mundo fenomenal ó de la representación son inaplicables al de la voluntad ó cosa en sí. De esta suerte nos será más fácil darnos cuenta de cómo en la representación, es decir, en el mundo de los fenómenos, tan pronto vemos á las criaturas nacer de la nada, como las vemos volver á la nada, mientras que en el mundo en sí hallamos una existencia respecto de la cual las nociones de nacer y morir carecen de significación. Pues al llegar al punto en que en la conciencia íntima el fenómeno confina con la cosa en sí, hemos visto que son cantidades inconmensurables, y que la manera de ser del uno con todas las leyes fundamentales de su existencia, no tiene valor alguno, y significa menos que nada respecto de la otra. Creo que esta última consideración no está al alcance de todas las personas, y que desagradará á los que la comprendan y les extrañará; pero no he de omitir por motivos de este género lo que puede contribuir á dilucidar el pensamiento fundamental de mi filosofía. ✓

Al principio de este capítulo he manifestado que el apego á la vida, ó más bien el miedo á la muerte, no venía de la inteligencia, pues en este caso tendría que proceder de la convicción del valor de la vida, sino que tiene su origen en la volición, y se deriva de la voluntad en su estado primitivo cuando, desprovista de inteligencia, no es más que ciega voluntad de vivir. Es un instinto ilusorio de voluptuosidad lo que nos engaña para atraernos á la vida, y del mismo modo es el miedo ilusorio de la muerte lo que nos hace apegarnos á la existencia. Ambos sentimientos vienen directamente de ese querer, que en sí mismo es inconsciente. Si, á la inversa, el hombre fuese una inteligencia pura, la muerte no sólo le sería indiferente, sino apetecible.

Llegados á este punto de nuestro estudio, sabemos que la inteligencia consciente es lo único aniquilado por la muerte, y que la volición, en cuanto cosa en sí y sustancia de todos los fenómenos individuales, es independiente de toda condición determinada por el tiempo, y, en consecuencia, eterna. Su tendencia á vivir y á manifestarse, cuyo resultado es el mundo, encuentra perpetuamente satisfacción, pues este mundo, esencia visible de la volición, la acompaña tan necesariamente como la sombra sigue al cuerpo. Si, á pesar de esto, teme la muerte, depende de que el conocimiento le hace ver su esencia en un fenómeno individual, lo cual le da la ilusión de que está condenada á perecer con el individuo, como, por ejemplo, mi imagen parece aniquilada cuando se quiebra el espejo que la reflejaba. Esta perspectiva, que contraría su naturaleza primitiva de ciega voluntad de vivir, la llena de espanto.

Resulta de ahí que el único elemento nuestro que

tiene la facultad de temer la muerte, y el único que, en efecto, la teme, es la volición, á la cual no puede alcanzar la muerte, y que, en cambio, el elemento expuesto á perecer, y que realmente perece, es aquel que por su naturaleza no es susceptible de sentir ni de temer, ni, en general, de deseo ó de emoción; aquel á quien es indiferente ser ó no ser, en suma, el puro sujeto conocedor, la inteligencia, cuya única existencia consiste en su relación con el mundo representado ú objetivo, cuyo término correlativo es, formando, en realidad, sus dos existencias una sola. Si la conciencia individual perece con la muerte, la voluntad, que es la única que la teme, sobrevive.

Esto nos explica la contradicción siguiente: per una parte, los filósofos han probado en todos los tiempos y con excelentes razones, desde el punto de vista intelectual, que la muerte no es un mal; y, sin embargo, no se ha conseguido suprimir el terror que inspira; lo cual se explica precisamente porque ese terror no viene de la inteligencia, sino de la voluntad. E igualmente porque la voluntad es imperecedera, no siéndolo la inteligencia, en todos los sistemas religiosos ó filosóficos, las recompensas se prometen á las virtudes de la voluntad, es decir, del corazón, y no á las de la inteligencia ó la cabeza.

Otra consideración, propia para hacer más claro este estudio, es la siguiente: La volición, que forma nuestro ser, es simple por naturaleza; no puede más que querer, no puede conocer. El sujeto conocedor, por el contrario, es un fenómeno secundario, nacido de la objetivación de la voluntad, es el centro de sensibilidad de todo el sistema nervioso, el foco de actividad donde, en cierto modo, concurren todos los radios procedentes de los distintos puntos del cerebro. Debe,

pues, perecer con este. En su calidad de único principio cognoscitivo, reside en la conciencia de sí, mira á la voluntad como un espectador, y aunque haya salido de ella, la ve siempre como algo heterogéneo, como extraña á él; no puede conocerla más que empíricamente, en su condición temporal, por fragmentos, y sólo por mediación de sus excitaciones y sus actos sucesivos; además, no conoce sus decisiones más que *a posteriori*, y á veces muy indirectamente.

Esto explica por qué nuestro propio ser es un misterio para nosotros mismos, es decir, para nuestra inteligencia, y cómo es posible que el hombre se crea un ser pasajero y recientemente creado, aunque su esencia, en sí misma ajena al tiempo, es eterna. Así como la voluntad no conoce, la inteligencia ó sujeto cognitivo no sabe más que conocer, pero no querer. El hecho puede ser demostrado hasta físicamente, pues, según Bichat, en un pasaje citado en el segundo libro, las emociones alteran directamente todas las partes del organismo y turban sus funciones, á excepción del cerebro, que no puede ser afectado más que muy indirectamente á consecuencia de estas perturbaciones. (*De la vie et de la mort*, art. 6.º, § 2.º) Por consiguiente, el sujeto cognitivo como tal, no siente preferencia por nada, ni por nada se interesa; la existencia ó no existencia de las cosas le es indiferente, hasta cuando se trata de sí mismo. Un ser de esta especie, que no se interesa por nada, ¿para qué habría de ser inmortal? Acaba con el fenómeno temporal de la voluntad, con el individuo, como había comenzado con él. Es la linterna que se apaga cuando deja de hacer falta. La inteligencia no es más que puro fenómeno, como el mundo visible, que no existe más que en ella; pero su naturaleza finita no

afecta en nada á la cosa cuyo fenómeno son una y otro.

La inteligencia es una función del sistema nervioso cerebral, el cual, como el resto del cuerpo, es objetivación de la voluntad. La inteligencia depende, pues, de la vida somática del organismo, y ésta descansa sobre la voluntad. Así, pues, el organismo puede ser considerado, en cierto sentido, como intermediario entre la inteligencia y la voluntad, aunque realmente no es más que una manifestación exterior de la voluntad, percibida por la inteligencia en el espacio.

La muerte y el nacimiento sirven para renovar incesantemente la conciencia en una voluntad que en sí no tiene principio ni fin, y que por sí sola es, en cierta manera, la sustancia de la existencia. (Sin embargo, toda renovación de este género ofrece una nueva posibilidad de negación de la voluntad de vivir.) La conciencia es la vida del sujeto cognitivo ó del cerebro; la muerte es su término. Así es aquella precedera, siempre nueva y siempre sujeta á volver á comenzar otra vez. Sólo la volición es permanente, pero sólo ella tiene apego á la existencia, porque es voluntad de vivir. El sujeto cognitivo en sí no tiene apego á nada. Pero en el yo, la voluntad y la inteligencia aparecen reunidas. En cada criatura animal, la voluntad se ha proporcionado una inteligencia, á modo de antorcha, cuya luz le guía para caminar hacia su fin en cada caso. Quizá el temor de la muerte, dicho sea de pasada, proviene de que la voluntad consiente difícilmente en separarse de la inteligencia que le cupo en suerte en el curso natural de las cosas, de ese guía y de ese guardián, sin el cual se siente privada de toda luz y todo socorro.

Hay un experimento moral que hacemos á cada